

Cárcel de los sueños/ Andrés de Luna.

Cronos es el glotón que devora la existencia. Dentelladas firmes y ásperas roeduras terminan por reducirnos a nuestra calidad de vejestorios. Seres errantes que sobreviven encerrados en un cuerpo que se deteriora cotidianamente. La boca se reduce a un agujero oscuro, las piernas evaporan sus fuerzas y de la sexualidad sólo queda la memoria. El viejo es un condenado social, una suerte de ancla que algunos observan con misericordia, mientras que otros lo ignoran sin más.

Cárcel de los sueños (CNCA,1997) reúne algunas imágenes significativas de la obra de Vida Yovanovich. En ella está el Cronos devastador, el que se afianza con dientes afilados sobre la miseria y el abandono en una asilo para ancianas. Algo hay de extraña suma en esas anatomías derruidas, en esos rostros en donde el dolor es gesto que se anida entre las arrugas. El mundo danza mientras que todo se derrumba, todo queda convertido en ruinas y cenizas como parte de esa realidad insoslayable.

Ahora bien, Leonardo da Vinci, Rembrandt y muchos otros encontraron en los ancianos una expresividad mayúscula. Más allá de los cánones clásicos de la belleza, lo que permanece en el viejo es el mapa del tiempo; las coordenadas de una experiencia vital que aflora y se afirma en ese instante en que todo parece conducir hacia la muerte. La fotografía de Vida Yovanovich está lejos de quedarse en la mera epidermis de esos seres soterrados en su avanzada edad. Ella lo que busca es el juego de relaciones, el entorno y la atmósfera que rodea a sus personajes, a los cuales se une para compartir el peso de los años y la carga ilícita del dolor. En el libro transitan situaciones en donde el dramatismo puebla las imágenes. Además, Vida nunca cedió ante las tentaciones de convertir esta realidad en ejercicio de facilidades. Lo que hace Yovanovich es enfrentar a estas ancianas a unos encuadres en donde la vejez queda descrita en su crudeza y en su desolación. Las muecas, los movimientos aletargados, las miradas dispersas componen en todo, un universo en el cual Vida Yovanovich es la encargada de revelarlo, para admitir que si existe la belleza del mundo ésta debe estar cargada de sugerencias que le otorguen otros matices y otros tonos. El viaje debe ser a contracorriente, y así lo entendió Vida Yovanovich, quien incluso descubre aspectos de enorme hermosura aun en esos confines tan cercanos, tan inmediatos. La portada del libro lo demuestra de forma cabal: una mujer come frente a unas ventanas que dejan ver la claridad del día. Todo parece extraño, baldío, para usar una expresión de Eliot; sin embargo, cuando

todo parece marchitarse en el plomo del tiempo, en ese instante aparece un pichón que tiene las virtudes del ave en medio del Diluvio, es la sugerencia de la esperanza.

La edición de *Cárcel de los sueños* es magnífica y permite entablar un diálogo reflexivo con estas imágenes de Vida Yovanovich, artista en plenitud que confronta a la vejez para darse cuenta de que su arte es fuerza vital y aliento bienaventurado en una época de mezquindades y expresiones plásticas insulsas. En ese sentido, un libro como el de Vida Yovanovich es un buen ejemplo de los poderes sugestivos de la fotografía, en donde un tema se compone y se recompone para otorgarnos la contemplación de una realidad que a todos nos convoca.

DE LUNA, Andrés. “Cárcel de los sueños”, *El Financiero*, 10 de marzo de 1998, p. 54.